

# LA FORMACION PROFESIONAL DE LA MUJER ESPAÑOLA



**S**I hemos de ser sinceros, habremos de afirmar, bien a pesar nuestro, que la formación profesional de la mujer está aún por hacer en España. Son de ayer los esfuerzos, tímidos como los primeros balbuceos infantiles, de nuestras autoridades docentes para fijar y encauzar el problema. Es ahora cuando nuestros educadores están sentando los pilares del futuro edificio en el que se ha de albergar, para su perfeccionamiento y difusión, la doctrina de la formación profesional de la mujer española. Lo hecho hasta aquí ha sido bien poco. Esfuerzos aislados, sin conexión con otras actividades similares, a espaldas del Estado, despreocupado del problema. Alguna que otra iniciativa particular, a cargo casi siempre de alguna Congregación religiosa.

Sin embargo, el problema existe. Mejor dicho, existió siempre. Porque siempre la mujer ayudó al hombre en sus tareas, y no es de hoy la intervención femenina en la vida profesional. Pero el problema presenta hoy caracteres agudos; podríamos adjetivar que trágicos. La irrupción femenina en la vida profesional es una de las características de nuestra época. La mujer está hoy en todas partes. No sólo en el corazón del hombre para inspirar sus senti-

mientos y dirigir su conducta, sino en el estadio de la cultura, en las cátedras, en la oficina, en el taller y en la fábrica. Con Ortega y Gasset, podríamos afirmar que la Historia ha avanzado según un ritmo sexual. Hay épocas en que predominan los valores masculinos y otras en que imperan los valores de feminidad. Para no hablar sino de nuestra civilización, recordemos que la primera Edad Media fué un tiempo varonil. La mujer no interviene en la vida pública. Los hombres se ocupan en la faena guerrera, y, lejos de las damas, los compañeros de armas se solazan en bárbaras fiestas de bebida y canción. La segunda Edad Media—son palabras textuales del filósofo español—, a mi paladar la edad más atractiva del pasado europeo, se caracteriza precisamente por la ascensión sobre el horizonte histórico del astro femenino. Muy bien lo indica usted al cerrar su comentario aludiendo a las «cortes de amor»... Frente al doble ascetismo, igualmente abstruso, del monje y el guerrero, estas mujeres sublimes se atreven a insinuar una disciplina de interior pulimento e intelectual agudeza. La primera Edad Media es como el varón, toda exceso. La «lei de cortezia» proclama el nuevo imperio de la «mesura», que es el elemento donde alienta la feminidad...

### *EL FEMINISMO EN LA HISTORIA*

Antes de formar, preciso es educar. La formación profesional supone la existencia previa de la educación. Y aquí nos encontramos con un grave problema, no resuelto aún. La igualdad de sexos ante la educación, o lo que viene a ser lo mismo, la superioridad de un sexo sobre otro. ¿Es el hombre superior a la mujer? ¿O la mujer es, salvo las diferencias físicas, igual al hombre? Entramos de lleno en el feminismo que tantas cuartillas ha emborronado y tan apasionados comentarios ha suscitado. Pero el feminismo no nace en la Historia hasta el pasado siglo. De ayer a hoy, cuánto cambio, cuánta mudanza. De aquella matrona romana, honesta y laboriosa, de la que se decía como gran elogio: «Domi mansit, lanam fecit», presidía su casa e hilaba la lana, hasta el epitafio sublime escrito

sobre la tumba de una mujer nórdica: «Guardó su casa e hiló», a la «Declaración de Sentimientos», discutida, aprobada y publicada por la primera Convención de los Derechos de la Mujer, reunida en el año de 1848 en los Estados Unidos.

Porque aun cuando, como dice Rousseau, «las disputas sobre la preferencia o igualdad de los sexos son vanas; pues cada uno de ellos, en cuanto cumple los fines de la Naturaleza conforme a su particular destino, es más perfecto de lo que sería asemejándose más al otro», y, como afirma Mr. Armstrong, «cada sexo es superior al otro en los rasgos de carácter y en la forma de inteligencia que la Naturaleza requiere de cada uno de ellos», y «el varón y la mujer viven y se mueven en líneas paralelas», la historia marcó siempre una diferenciación típica entre el trabajo de la mujer y el del hombre. A más primitiva organización social, la familia, y el primitivo tipo de sociedad, el familiar, presentan una definida diversificación de la actividad económica entre hombres y mujeres, determinada principalmente, o casi exclusivamente, por motivos de carácter biológico. En los tiempos primitivos el hombre está biológicamente predispuesto para el movimiento, la lucha y la conquista. Se consagra a la defensa del hogar, disputa a los animales su presa, los caza para utilizarlos en su consumo, más tarde los domestica para la ayuda en su trabajo. Todo es fuerza, violencia, peligro en el trabajo del hombre. En cambio, el trabajo de la mujer es más sedentario y doméstico; no requiere gran fuerza, no movimientos rápidos y exposición de la vida. Hay la intuición o el instinto de preservar a la mujer, de conservarla y conservar su aptitud para la maternidad, porque es como la depositaria de la continuidad de la raza, de la perpetuación de la especie.

La diferenciación en las ocupaciones del sexo por causas biológicas muestra unos hechos constantes, y no sucede lo mismo en la vida económica, puesto que aparecen formas distintas, no sólo a través del tiempo, sino en un mismo momento y en tribus de un mismo tipo de vida, que por ello manifiestan grados y cualidades diferentes en su evolución.

Cuando se avanza en un tipo de cultura y la caza y la pesca de-

jan de ser las principales fuentes del sustento familiar, todavía se mantiene una separación de ocupaciones, que, determinada por aquella diferencia en las aptitudes innatas, hace que el trabajo del hombre se ejerza en ocupaciones que tienen lugar de puertas afuera del hogar, y el de la mujer, en labores de puertas adentro. De esta manera surgen en la economía las industrias domésticas (textiles, curtición, preparaciones alimenticias, conservas, etc.). Cuando el trabajo agrícola se reduce al cultivo de las tierras que rodean la vivienda y son como prolongación de ésta, corresponde a la mujer. Cuando se gana en seguridad y la necesidad obliga a explotar tierras distintas, el hombre toma a su cargo el trabajo agrícola.

Sólo con la maquinaria industrial y la producción organizada a tipo capitalista desaparecen en gran parte las diferencias, y se encuentra a los hombres y a las mujeres empleados indistintamente en trabajos comunes, no sólo en las fábricas y talleres, sino en los empleos burocráticos y en los oficios, incluso los que más peculiares parecen a las aptitudes de uno u otro sexo; y así hay cocineros y cocineras, peinadoras y peluqueros de señora, modistas y modistos. Ante esta mezcla y la invasión de un sexo en los oficios más idóneos de otro y viceversa, igualmente podríamos decir que hay un afeminamiento de parte de los hombres que toman oficios y ejercen menesteres más adecuados al sexo femenino, que afirmar lo contrario, esto es, que existe una masculinización de la mujer por análogas razones.

Y no es que la mujer no interviniese nunca en la vida profesional. En la Edad Media la mujer tuvo su lugar en la vida social y desempeñó su papel en las corporaciones. En algunos oficios se reconocía a las mujeres el derecho al título de «maestros», y podían subir a las más difíciles de las profesiones y a las más intelectuales. No escaseaban las doctoras, al estilo de nuestra Beatriz Galindo. Hubo profesoras en el verdadero sentido del vocablo, y se muestra aún en Bolonia la cátedra en que leyó aquella virtuosa mujer, que explicaba detrás de un lienzo, más cuidadosa de instruir que de agrandar. Cuando las Cruzadas alejaron de Europa a los Señores, las mujeres tomaron en muchos sitios la administra-

ción de los dominios y de los Estados, y se mostraron, en general, austeras, pacíficas y justas. En fin, cuando se comenzó a organizar el gobierno por provincias y éstas enviaban mandatarios a los Estados, las mujeres tenían siempre el derecho de voto, y en algunos sitios aun el de ser elegidas representantes. Entrada ya la Edad Moderna, en 1576, treinta y dos viudas tenían asiento en los «Estados» del Franco Condado.

Pero repetimos con el P. Marín Triana que en aquella sociedad patriarcal, cristiana y familiar, esa participación femenina en la vida social, cultural y profesional de su tiempo, no tenía los caracteres con que se presenta en el nuestro. La mujer participaba, es verdad, en algunas manifestaciones de la actividad externa, pero vivía en su casa. Estaba en su hogar y vivía para él, aunque alguna vez saliese de él para colaborar en alguna misión social o laboral, con el ritmo lento y humano de todas las empresas de la época.

El fenómeno es bien distinto hoy día. La mujer se proyecta hacia la vida anónima y agitada de la máquina, de la oficina, de la banca o de los grandes comercios. Vive fuera del hogar, en independencia familiar, lanzada en un mundo de actividad exterior, de lucha por la vida, con todas sus dificultades, sus azares y sus peligros.

Son los años del movimiento feminista. Cuando se pugna por obtener progresiva satisfacción al cuadro de reivindicaciones en favor de lo que se denominaba «la emancipación de la mujer». Se exponen prolijamente las lamentaciones y protestas por las repetidas injurias y usurpaciones por parte de los hombres, por la privación de todo privilegio a la mujer, por imponerle una absoluta incapacidad política, por la desigualdad en el régimen matrimonial, porque se admitía un doble tipo de moral, que condenaba severamente en la mujer lo que para el hombre tenía siempre una benévola disculpa, y, finalmente, la enumeración de las limitaciones para las ocupaciones y el que se la negase oportunidad para educarse. A esta declaración platónica siguió la acción, y el primer Club feminista se inauguró en 1868. Es curioso recor-

dar el verdadero motivo a que obedeció su fundación. Se debió, ni más ni menos, al disgusto y al despecho de una escritora de mediano mérito, la señora Jenny Jule Croly, que no pudo dominar su resentimiento por no haber sido invitada, ni luego admitida cuando se presentó, en la cena que los periodistas daban a Carlos Dickens, y a la cual asistía el marido de aquélla, también escritor. En todos tiempos el resentimiento femenino por cosas tan baladíes ha sido causa de trastornos y hasta de graves acontecimientos históricos.

No obstante el feminismo, se acusa hoy un admirable despertar de la mujer, que asume una nueva significación social. Sabe que en igualdad, o, mejor dicho, en equivalencia de derechos y deberes, puede prestar a la Humanidad otros servicios además de los de esposa y madre; que ha de cumplir de ahora en adelante una nueva y más amplia función en la sociedad civilizada. La sociedad no será ya obra exclusiva de los hombres o de las mujeres, del predominio de un sexo sobre el otro, sino fruto de la unión de ambos sexos, fundidos en principios de parigualdad y armonía, con la cordial cooperación de ambos sexos para el bien de todos.

¿Causas de este movimiento feminista? Sobre ellas se extienden muchos autores. Resumámoslas. La difusión de la máquina, la relajación de los vínculos familiares, la especial disposición de la mujer para ciertas actividades minuciosas, la mayor docilidad, y aun laboriosidad, de que en general da pruebas; el menor salario con que suele darse por satisfecha; los frutos de la campaña feminista son, entre otras, las causas que explican esta rápida difusión de los empleos, estudios y trabajos femeninos en nuestra época.

## *LA FORMACION DE LA MUJER*

Nos encontramos hoy, pues, con un problema que hay que encauzar y solucionar. Hay que formar a la mujer, a la mujer moderna, para que sea útil a sí misma y a la sociedad.

Ahora bien, la formación de la mujer ha de ser distinta a la del hombre, toda vez que distintos son los dos sexos. Convengamos

en esta diversidad con Rousseau, con Blanc y Benet, con el doctor Paulsen, con la profesora prusiana J. María Martín de Schöneberg. Diversidad fisiológica, bien aparente. Diversidad psíquica: «La voluntad de poder es el apetito fundamental del hombre. El hombre quiere imponerse, quiere dominar, quiere sobresalir; quiere que cuantos le rodean conozcan su valer, le honren, le estimen, le teman. La mujer, en cambio, quiere amar y ser amada, servir por amor y por amor reinar.»

Diversidad moral, pues si bien las virtudes, así teologales como morales, han de ser igualmente cultivadas por las personas de uno y otro sexo, el carácter no es lo mismo que la virtud, y el carácter femenino se diferencia sustancialmente del que hemos de formar en el varón. Indudablemente, la feminidad es un factor esencial del carácter femenino, como la virilidad lo es del carácter masculino.

Diversidad en la vida social. Como dice Paulsen, bajo tres aspectos de vista: económico, político y el intelectual. En el económico, porque a la mujer incumbe el cuidado de la casa y su gobierno, el deber de criar y cuidar a los hijos pequeños, por lo que queda atada a la casa. Al varón le atañe la actividad y cuidado de proveer la vida fuera de la casa. En el político, porque el Estado, que no fué en sus orígenes sino una asociación defensiva, tuvo necesidad de los varones para su defensa, y de las mujeres para que le diesen esos varones. Y en cuanto al intelectual, porque la educación y la formación de la mujer ha de orientarse de tal forma que no coarte o estorbe su oficio de madre.

En este punto ve la pedagoga Martín de Schöneberg la gran importancia de la educación femenina: «Cuán grande sea la importancia de la educación femenina, lo comprenderá quien tenga presente que en ella se trata nada menos que de formar las esposas y las madres de un pueblo, de cuya educación dependen así la felicidad de la familia como las costumbres de la sociedad. De suerte que se ha podido formular con verdad aquel axioma, que hace igualmente honor a uno y otro sexo: Un pueblo está tan alto cuanto es la elevación de carácter de las mujeres.»

No olvidemos tampoco la influencia de la mujer en la política, en la vida social y en la económica. Influencia sentida y patentizada a lo largo de todos los siglos. Desde la *Iliada* y la *Odisea*, de Homero (Arete es poderosa en el reino de su marido Alcinous, y se aconseja a Ulises que se dirija a ella para obtener su regreso; Penélope y Clitemnestra quedan gobernando sus reinos durante las ausencias de sus esposos para la guerra), pasando por la dominación romana, que nos ofrece el tipo ejemplar de la madre de los Gracos, hasta los casos singulares en los que la voluntad de monarcas absolutos, de grandes señores feudales o de gobernantes insignes, estuvo manejada, y en no poco su actividad inspirada, por el talento femenino de la mujer propia o de una cortesana favorita. Plutarco ya explica, con carácter de generalidad, cómo los lacedemonios fueron siempre obedientes a sus esposas y les reconocieron la facultad de mezclarse en los asuntos políticos.

En el aspecto económico es también notoria esta influencia. «Sería curioso —escribe Gual Villalbí— averiguar, y nos asombraría saber, cuántas veces el fijar los derechos a una partida del Arancel de Aduanas, unas concesiones hechas en la negociación de los tratados, las resoluciones en la política de precios o en cualquiera otra materia de economía, se deben exclusivamente a la inspiración o a las exigencias de la mujer. Para comprenderlo, y dejando aparte los casos en que juegue la malicia o lo inconfesable, basta pensar cuál es y cómo se ejerce la influencia de la mujer en el hogar. Sus lamentaciones y sus informaciones sobre los precios, la carestía y las dificultades del mercado, son apreciadas en su justo valor de realidad por los esposos o parientes, que, si desempeñan cargo público, han de verse influidos por tales experiencias y observaciones.»

Así pudo afirmar Ortega y Gasset que «la marcha de la Historia es de buena parte la historia de los ideales masculinos inventados por la mujer. Porque ésta aparece, ya en los comienzos de la historia europea, allá en el primer canto de la *Iliada*, como galardón, al que vence en los juegos y en la guerra. Al más diestro, al más bravo, la más bella. La mujer creó el ideal del caballero,



que, si bien decaído y malparado, sigue aún informando la sociedad europea».

## LA ORIENTACION PROFESIONAL

Todos los autores convienen que a la formación profesional ha de preceder la orientación profesional, ciencia que cada día está adquiriendo mayor auge y que constituye una verdadera obsesión para cuantos se preocupan del problema social.

España puede enorgullecerse de ser el primer país en el mundo que dedicó su atención a la orientación profesional. Fué un médico español, Juan Huarte de San Juan, quien estableció todo un programa de orientación profesional en su famoso libro *Examen de Ingenieros*. El autor se dirige al Rey Felipe II indicándole la conveniencia de que cada individuo se dedique a la profesión para la cual vale. «Para que las obras de los artífices tuviesen la perfección que convenía al uso de la República, me pareció Católica Real Majestad, que se había de establecer una ley: que el carpintero no hiciese otra cosa tocante al oficio del labrador, ni el tejedor del arquitecto, ni el jurisperito curase, ni el médico abogase..., sino que cada uno ejercitase sólo aquel arte para el cual tenía talento natural, y dejase las demás. Porque considerando cuán corto y limitado es el ingenio del hombre para una cosa y no más, tuve siempre entendido que ninguno podía saber dos artes con perfección sin que en la una faltase. Nadie sea a la vez fundidor y carpintero, porque dos oficios o profesiones no pueden desempeñarse debidamente (Platón). Y porque no errase en elegir la que a su natural estaba mejor, había de haber diputados en la República, hombres de gran prudencia y saber, que en la tierna edad descubriesen a cada uno su ingenio, haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenía y no dejarlo a su elección. De lo cual resultaría en vuestros estados y señoríos haber los mayores artífices del mundo y las obras de mayor perfección no más de por juntar el arte con la naturaleza...

Todos los filósofos antiguos hallaron por experiencia que don-

de no hay naturaleza que disponga al hombre a saber, por demás es trabajar en las reglas del arte. Pero ninguno ha dicho con distinción ni claridad qué naturaleza es la que hace al hombre hábil para una ciencia y para otra incapaz; ni cuántas diferencias de ingenio se hallan en la especie humana; ni qué artes y ciencias responden a cada uno en particular; ni con qué señales se había de conocer, que era lo que más importaba...

De lo cual entenderá Vuestra Majestad cuán importa a la República que haya en ella esta elección y examen de ingenios para las ciencias, pues de estudiar Galeno Medicina resultó tanta salud a los enfermos de su tiempo, y para los venideros dejó tantos remedios escritos...»

En este proemio al Rey esboza Huarte San Juan toda una formidable doctrina de orientación profesional.

Pero en la época moderna fué también España quien se ocupó del problema entre los primeros países. En 1914 se creó en Barcelona el «Secretariado de Aprendizaje». En 1919 la Mancomunidad de Cataluña creó el primer Instituto de Orientación Profesional de España en Barcelona, uno también de los primeros en el mundo. En 1922, gracias al esfuerzo de don César de Madariaga, se creó otro Instituto en Madrid, que tuvo realidad feliz en 1929, bajo la égida de la Dictadura. Se estableció en el número 37 de la calle de Embajadores, donde aún continúa. En la misma fecha se creó el Patronato local de Formación Profesional de Madrid; en 1933-34, la Escuela de Chamartín de la Rosa, concebida ya por la Dictadura, y en 1940, la Escuela de Vallecas.

Estas Escuelas tienen como misión «la iniciación profesional de los muchachos que, después de recibida la instrucción primaria, deseen orientarse hacia el aprendizaje de un oficio adecuado a sus aptitudes y aficiones naturales. Tienen los caracteres principales de la Escuela activa y del Taller-Escuela. Por medio de trabajos adecuados y de una enseñanza adaptada a las condiciones psicológicas individuales, de acuerdo con el consejo del Instituto Nacional de Psicotecnia, se pondrá a los alumnos en condiciones de continuar, al salir de esta Escuela, una más completa y perfecta for-

mación obrera en las Escuelas Profesionales de Trabajo o en los talleres profesionales».

Al lado de este empuje estatal, forzoso es colocar la labor de las entidades privadas. Y de ellas destacar la desplegada por la benemérita Orden de los Salesianos con sus talleres profesionales y la iniciada recientemente por las Padres Jesuítas, que en tan corto número de años pueden exhibir ufanos la Institución de Jesús Obrero, en Vitoria; el Instituto Católico de Estudios Técnicos, en la barriada de El Palo (Málaga), y el Instituto «Loyola», de formación profesional, en Aranjuez. No menos notable la labor desplegada por la Obra Sindical de Formación Profesional, que ha creado las Escuelas «Ramiro de Ledesma» y «Capitán Cortés», ambas de formación profesional.

## LABOR DEL NUEVO ESTADO

Casi o ninguna atención venía prestando el Estado español a la formación profesional de la mujer. Es ahora cuando el nuevo Estado comienza a parar mientes en el asunto. Cuando ve que sus aulas se llenan de mujeres; cuando contempla el ejército femenino dispuesto en fila de combate intelectual a disputar al hombre los mejores puestos; cuando las estadísticas arrojan un enorme renacer cultural del estudio femenino, se apresta a resolver el problema. Porque la mujer es hoy tan buen estudiante como el hombre. Hoy se estudia más que antes y hay más estudiantes que nunca. Y en este renacer cultural, en este afán de estudio que hoy acosa a nuestras juventudes, la mujer ocupa un puesto de honor. Diríamos que incluso superior al hombre, porque el aumento de la población escolar se debe principalmente al acceso de la mujer a las aulas. Repasemos cualquier estadística. A primeros del siglo la mujer estudiante no cuenta. Era un ave rara, que no encontraba quien le dijera el tradicional «por ahí te pudras». Con la primera guerra mundial la mujer subió el primer peldaño hacia los puestos intelectuales, los cargos burocráticos. Fué entonces cuando se suscitó entre los inmortales la famosa discusión, que rieron nues-

tros abuelos y comentaron nuestros padres, sobre si debía decirse estudiante o estudianta, médico o médica, etc., y que motivó nada menos que una ampulosa orden del Ministerio de Instrucción Pública, en la que se recogía el dictamen de la Academia Española de la Lengua. Desde entonces, en las mesas de los Ministerios sentáronse las muchachas, y las aulas docentes se poblaron también de risas y anhelos femeninos.

La mujer es hoy el más temible enemigo del hombre en el orden cultural e incluso en el científico. Y este esfuerzo cultural de nuestras mujeres de hoy se traduce ya en éxitos: la mujer-arquitecto, la mujer-ingeniero, cuya figura, envuelta a veces en el mono azul del trabajo, ha sido clisé de la primera página de nuestros diarios; la mujer-abogado, que se sienta en el foro; la mujer-médico, que recorre clínicas y hospitales. A la cátedra llegó también la mujer, y a la Academia, y a recibir los máximos galardones para el trabajo intelectual. La mujer se ha igualado con el hombre en lo más noble de la raza humana: en el saber y en la cultura.

Para este esfuerzo cultural de la mujer no existía ni un solo centro oficial dedicado por completo a sus esfuerzos y a sus afanes. No digamos ya centros de alta cultura. En la Enseñanza Media son de ayer los Institutos femeninos, creados para dar cumplimiento al sano principio pedagógico de la separación de sexos en la educación. Pero es más. En la Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica no existió hasta hace poco un organismo que recogiese y encauzase este fervor estudiantil de nuestras muchachas. Las Escuelas de Artes y Oficios tenían algunas secciones femeninas, y en los Institutos de Enseñanza Media se inició hace muy pocos años el trabajo en las Escuelas del Hogar. A esto y a la tradicional separación de sexos en los estudios del Magisterio se reducía la atención del Estado español a los problemas de la cultura femenina.

El Decreto de 2 de marzo de 1945 intenta llenar esta amplísima laguna en la preocupación docente del nuevo Estado. Por dicho Decreto se crea en España el Instituto de Enseñanzas Pro-

fesionales de la Mujer. «A ella—se dice en el preámbulo de la mencionada disposición—corresponde una destacadísima y extensa participación en el trabajo nacional, que sería causa suficiente de justificación para implantar las instituciones de enseñanza que garanticen su mejor desenvolvimiento en determinados oficios. Mas si se tiene en cuenta la elevada misión de orden espiritual y social que en la perfecta vida cristiana corresponde al sexo femenino, encargado de defender los valores tradicionales de la familia y de conservar las artes y profesiones que de modo tan positivo influyen en la alegría del hogar, resulta más urgente y obligada la existencia de organismos docentes que preparen para las actividades de la mujer en un grado completo de formación moral, profesional y artística.»

Un triple fin se asigna al Instituto: formar al personal docente que desarrolle las enseñanzas profesionales de la mujer española; ser centro de ensayo de tan interesante problema y orientar didáctica, técnica y artísticamente todos los centros de enseñanza elemental de profesiones femeninas, a fin de establecer unidad en la orientación.

A la creación de este Instituto precedió la de la Sección de Enseñanzas Profesionales de la Mujer, como departamento administrativo, dependiente de la Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica, a la que se le asignó la misión de estudiar las reformas oportunas para la formación profesional de la mujer; proponer la creación de aquellos centros de enseñanza profesional femeninos que considerase necesarios, e inspeccionar los centros y orientar y asesorar al Ministerio en cuanto se relacione con la formación profesional de la mujer.

Elevadísima, en verdad, la misión del nuevo Centro. A él se confía nada menos que la formación de la mujer en el aspecto profesional, que ha de quedar ennoblecido y agigantado. Con ello se elevará el nivel cultural y social de la mujer y se despertarán en ella nobles curiosidades y el afán de saber. Nuestras jóvenes serán instruídas de todo cuanto tienda a formar su carácter y su personalidad por medio de conocimientos útiles, prácticos y valio-



sos, y se verán impulsadas en un constante anhelo hacia lo nuevo, lo bueno y lo bello.

De este Centro puede y debe salir la liberación de la mujer española en el más noble sentido de la palabra. Liberación del trabajo penoso de la fábrica, en temible promiscuidad de sexos y de abrumadora tarea. Liberación de la pobreza para las que, carentes de fortuna, no se sientan llamadas a la vida religiosa o encuentren cerradas las puertas del matrimonio. Porque si bien es verdad que el estado perfecto de la mujer es—después del religioso—ser reina del hogar, las estadísticas nos confirman el elevado número de mujeres que permanecen solteras, a las que forzoso es concederles mediante su trabajo una independencia económica.

El pilar está hoy puesto; pero aún queda mucho por construir. Recordemos las palabras de Goethe: «No basta dar pasos que algún día puedan llevar a la meta; es menester que cada paso sea una meta, sin dejar de ser un paso.» Muchos pasos ha de dar el nuevo Centro para alcanzar otras tantas metas. Porque repitámoslo de nuevo. En España está por hacer todo lo referente a la enseñanza profesional de la mujer. Hay que investigar todo lo relativo a las profesiones, artes y oficios femeninos; estudiar y clasificar los trabajos de la mujer que predominan en España, para fomentar aquellas profesiones que convengan a las necesidades económicas y sociales de la nación; estudiar el desarrollo histórico de estas profesiones para adaptarlas al momento presente. Llamar a la juventud femenina para que, orientada debidamente mediante las pruebas de capacitación y selección necesarias, llenen las aulas de estos centros para emprender la profesión, arte u oficio al que se sienta inclinada, y contribuya así, no sólo a su independencia económica, sino al bienestar de la economía nacional.

Con la misión encomendada a este Instituto se resolverán múltiples problemas que afectan a la mujer, como es el de prepararla para ocupaciones propias de su sexo que, además de asegurarle una independencia económica, le den un valor positivo y concreto en la sociedad.

La formación profesional femenina merece una especial atención, por los beneficios que puede reportar para la mujer y para el progreso de nuestra industria doméstica, y si un fin utilitario no pidiera para ella el esfuerzo que merece, un fin moral, y por lo tanto, más atendible, exigiría fuese fomentada y perfeccionada esta enseñanza, que, aunque parezca sencilla y elemental, no deja de ser importante y trascendental cuando es bien inspirada y ejecutada.

Este movimiento profesional de la mujer en nuestros días no es una modalidad contraria a las costumbres tradicionales, pues no es más que una especializada ampliación de sus primitivas labores, porque todo cuanto hace hoy fuera del hogar lo hizo antiguamente dentro de él, con la diferencia de que entonces la producción doméstica se reducía al consumo de la familia y hoy alcanza enormes proporciones de cantidad y calidad, a favor de los modernos procedimientos establecidos por la mecánica y la química para elaborar con mayor rapidez y abundancia los mismos productos que en un tiempo se elaboraban en la casa; así que la mujer no hace más que seguir la corriente del progreso para satisfacer las exigencias de una civilización más próspera y refinada.

Acaparada la mayor parte del trabajo artístico de la artesanía por la industria, es necesario fomentar y perfeccionar los bellos oficios de la mujer, que tan glorioso abolengo han tenido, con el fin de que no se pierda la magnífica tradición española, que durante tanto tiempo ha estado menospreciada, quizá por haber sido sustituido el sentido artístico de la misma por el sentido industrial. Es preciso evitar que la industria siga acaparando la mayor parte de la producción doméstica, que aunque verdaderamente podemos estar orgullosos de esos progresos mecánicos, nunca podrá compararse la producción industrial con la producción artística de las obras realizadas por la habilidad concienzuda de la mano femenina, pues producir siempre de prisa, trabajar a bajo precio, olvidar el destino de las obras realizadas, no son buenas condiciones para hacer obras que tengan estilo, pues el arte está ausente allí donde falta la verdad, allí donde el cálculo reemplaza a la emo-

ción, allí, en fin, donde no se siente vibrar una inteligencia detrás de la mano que trabaja.

Nadie, pues, puede negar la oportunidad y necesidad de la labor encomendada a este Centro, representando el comienzo de una ruta que, sin duda alguna, las futuras generaciones habrán de considerarla con admiración y agradecimiento.

